un mitin en que el sexo se levante
y tome la palabra.
Se reparó en mis actos fraccionales,
en mi pasarme los días amueblando
catacumbas.
Se me buscó de arriba
(como si preguntada alguna cúpula
por uno de sus sótanos)
para contarme cómo Giordano Bruno
—la verdad convertida en laberinto—
terminó por ser pasto
de un hambriento rebaño luminoso.

Tras una fatigosa discusión,
se insistió en que debía retractarme
y que en el árbol de la noche triste
de mi arrepentimiento
se ahorcaran mis palabras.
Sin esperar al Congreso
se decretó la expulsión de la libido . . .
Y yo,
sin mi carnet,
como si se dijera
que se le sale a uno de la bolsa
la identidad, salí a buscar un buitre enamorado
de mis entrañas.

También fui yo colega
de ese tipo de médicos que tienen
a neuróticos espermatozoides
de pacientes.
Los ilustres doctores
(barbas, lentes, sentados
en el muelle sillón de la ortodoxia)
hablaron de espionaje, murmuraron
que no era mi monóculo otra cosa
que un ojo en su corsé de cerradura,
denunciaron mis escritos
como, por lo menos,
el relincho del caballo de Troya
o un puñal que flirtea con la espada.
Yo hablaba
de que el enemigo principal
era el sexo reprimido,
tapiado en su bragueta moralista;
le hablé directamente a los testículos;
invité a discutir a los ovarios.
La solución (decía,
sembrando el descontento en mis colegas)
no se halla en el sofá sino en la cama.
Es una estupidez (grité furioso)
permitir que tu sexo
doblegue la cerviz en la impotencia
o que haya en este siglo todavía
virginidad de orgasmos.

Algo esencial:
hurtarle los secretos a la cama,
dominar el amor desde el inicio
hasta el final feliz;
no sólo el arma de la crítica debe convertirse
en la crítica de las armas,
sino el principio del placer
en el placer del principio.
Todo debe empezar con algún beso
que al haber estallado a quemarropa
derrita la camisa y el corpiño
o que deje en los pies que se haga un charco
de pantalones.

También se decidió pedirme cuentas.
Se me exigió asimismo desdecirme
y desandar cada uno de mis libros.
Con la espada flamígera del dogma,
desollando la piel de cualquier duda,
se me mostró el camino hacia la puerta.
Sin perder los ideales, sin perderlos,
me sentí como Adán
cuando, expulsado, no pudo retener el paraíso
sino tan sólo el cuerpo
de su amada.

Enrique González Rojo.

Tomado de la portada de
"Escucha, Pequeño Hombrecito"
de W. Reich. Ed. Pasquín. México.